

BAJO EL ARBOL

Me acercaba a él para que me contara historias antiguas. Pero en su memoria el futuro y el pasado se habían mezclado de tal manera que era difícil saber cuando hablaba del uno o del otro. Su rostro arrugado y su voz gangosa estaban lejos, atorados en un tiempo que ya se había ido, mientras el resto del cuerpo se mantenía entre el presente que circulaba a su alrededor libremente y un futuro que se le iba de las manos cada día. Sus innumerables escupitajos, cuajados de tabaco, su rabiosa respiración no conocían tiempo. Desde que le había conocido, una tarde de mordiente calor, siempre estaba haciendo alusión a una antigua historia que tenía que contarme, la que aún no había enseñado a nadie y que guardaba para una ocasión especial.

-Te va a gustar, te va a gustar. -Repetía- un día de éstos...

Se quitaba el sombrero y empezaba a contarme cualquier otra historia.

“Mi papá decía que si agarras ese camino montaña arriba, después de la medianoche, siguiendo el curso del río, vas a terminar topándote con un tesoro escondido entre sus peñascos. No muy lejos. Lo dejó allí, un malvado antillano que venía huyendo de no sé quienes. El problema son las luces que te encandilan y su esqueleto que aterra, si no eres capaz de vencer el miedo que te producen sus amenazas, estás perdido... Era un antillano muy malo por eso dicen que prefirió morir de hambre y de sed antes que separarse del botín...”

Cuando se detenía para seguir escupiendo, perdía el hilo de la narración, entonces el relato franqueaba el pasado y continuaba en un presente que poco a poco se iba transformando en futuro. Me tocaba juntar todos los pedazos y acabar el relato por mi cuenta.

“Don Rufino, el de la pulpería de la esquina principal del parque, anduvo con los piratas... fue en Cartagena de Indias... después del mundial, lo hirió un Español, que era gobernador; pero el presidente Pastrana...”

El enorme árbol de Guanacaste, se estremecía con el viento y nos refrescaba. Desde allí se miraba la fábrica de puros y los obreros saliendo a recibir el almuerzo. El muchacho a quien yo le llevaba la comida, saludaba al anciano con devoción y algo de miedo, tomaba la fiambarrera y se iba. A veces me dejaba una moneda y le lanzaba otra a él.

Yo me mordía los labios, tenía curiosidad por saber de aquella otra historia que el anciano iba postergando. A la dos de la tarde se levantaba y se marchaba sin despedirse.

Al siguiente día lo encontraba en el sitio de siempre, acuclillado y furioso. Sus tendones secos tenían tan poca elasticidad que parecía que no iba a poder levantarse de donde estaba. Esperaba que me acomodara para empezar a hablar.

“¿Sabes que fue un amigo de Caperucita el que acabó con el lobo? La caperucita ésta tenía un amigo que cuidaba ovejas. Un día que estaba desayunando en medio de ellas, oyó los gritos desesperados de la niña. Pero creyó que querían burlarse de él, así que se quedó tranquilo, después de un rato escuchó los gritos más fuertes...”

Me distraía el timbre de la fábrica que repicaba, dejaba de ponerle atención y me concentraba en la fila perfecta de obreros que asaltaba el portón. Cuando volvía el rostro hacia él, ya estaba hablando de otra cosa. A veces me fastidiaba, oírle repetir lo mismo y lo interrumpía:

-Cuénteme la historia que me debe.-

-Muchacho malcriado –me decía.-

Luego escupía, me miraba como si desease odiarme y continuaba hablando.

“En la casona de Don Rodimiro allá por el puente, sale el mero diablo. ¡Por Diosito! Se parece a un enorme chivo, prieto, peludo por los cuatro costados; con una barba larga que le llega hasta el suelo y la enorme cola que azota en todas direcciones... el abuelo de Don Rodimiro era malo, dicen que mató a su propia madre y que bebía sangre...”

Oía el timbre que chillaba llamando al trabajo, se formaban de nuevo las filas que ahora ya no se atropellaban. La carretera se iba quedando en silencio. Una quietud que el sol imprimía en las hojas y que éstas reflejaban en el suelo, nos comprimía. El anciano veía el sol, veía oscilar la luz y se quedaba callado. Alguna vez descubrí una lágrima queriendo escurrirse de sus ojos. Se marchaba. El anciano tenía otra existencia que empezaba al moverse. Esa vez se volvió cuando ya había caminado un buen trecho y gritó:

-Mañana por la noche, si tanto te interesa.

Era sábado, estaba oscuro y tal vez iba a llover más tarde. Había acudido temprano con la esperanza de que el viejo ya estuviera esperándome; pero no estaba. Me acomodé entre las raíces del árbol y me preparé para una jornada que presentía dura y larga. Estaba oscuro, sin embargo, los faroles de la fábrica, lanzaban destellos de luces fantásticas que llegaban hasta las hojas del árbol, multiplicándolas. Danzaba el polvo y un vientecillo que era como el aliento de alguien a tus espaldas, removía las sombras. Luces y tinieblas se abrazaban formando un conjunto siniestro. No me di cuenta en que momento me dormí. Caí en un sueño que me empujaba y tiraba de mi cuerpo hacia una región de grandes claridades. Cuando pude despertarme, el anciano estaba a mi lado, rascándose los dedos de los pies. Se rió y no sé por qué vi en la mueca de su risa el principio de algo funesto, después dijo que yo no debía tener miedo. Me fijé en la luz que venía de la fábrica, parecía roja e irisada. Todavía estaba observándola, cuando el anciano principió a hablar.

“¡Qué días aquellos! liberales y nacionales se mataban por cualquier bobería. No había respeto para la vida, bastaba un gesto, una queja, una grito de protesta para que te encontraran al día siguiente, colgado del pescuezo en cualquier árbol...”

Me pareció escuchar un gemido, el viento arreció y pude ver las vértebras de un relámpago que se incendió y se volvió a apagar, más allá de la fábrica.

“Mi papá siempre estuvo en el bando de los buenos. El nada debía; pero borracho los había ofendido. No se lo perdonaron, lo agarraron cuando venía del trabajo. Lo golpearon dejándolo

medio muerto. Se les escapó por poquito. Cuando mi papá murió me tocó continuar las provocaciones y cada vez que me emborrachaba iba a gritarles groserías y a provocarlos. No me importaba morir, quería vengar de alguna manera la humillación que había sufrido mi padre y que fue el motivo que lo llevó a la tumba...”

La oscuridad había crecido y llovía en el monte que teníamos enfrente. Los relámpagos se sucedían unos a otros, casi rítmicos. Después se apagaron las luces de la fábrica y empezó a llover encima del árbol. Las hojas nos protegían; pero cada remezón del árbol nos iba empapando. A pesar del agua el anciano no se callaba, temblaba y sus labios chorreaban, modificando su voz.

“Me agarraron, los malditos, cuando más descuidado estaba; me golpearon y me encerraron entre la caca. Se prepararon para darme un buen escarmiento...”

La lluvia empujaba la oscuridad del monte contra nosotros y un frío sobrenatural empezó a envolvernos. Le grité al anciano que nos fuéramos; sin embargo, el continuaba hablando, sin poner atención a aquellos elementos alborotados, que amenazaban con barrernos. Distinguí un chorro de frases antes de empezar a correr.

“Me sacaron a la medianoche, había luna y pude ver sus rostros sin bondad y las ligaduras que estaban preparando. Me trajeron aquí al pie del árbol, antes de amarrarme me golpearon con más ahínco, casi me quebraron los huesos...”

Salí disparado, sintiendo que los ojos se me llenaban de lluvia. Más adelante resbalé y caí. Mientras me levantaba pude darme vuelta. A la luz de los relámpagos que ahora se encendían en un solo punto, pude ver al anciano, colgaba tenebrosamente del árbol, hamacándose. Su boca bien abierta emitía aquellos sonidos guturales que mucha gente había creído escuchar bajo el árbol.